

SOLARES, IGNACIO. *FICCIONES DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA*.
MÉXICO: EDITORIAL ALFAGUARA, 2009, 180 P.
ISBN 978-607-11-0259-1

Silvia Jáuregui y Zentella*



El autor nos presenta una obra realmente interesante, de fácil lectura, sugerente, novedosa y muy bien escrita. Como el título señala, se trata de *ficciones* sobre diversos pasajes de la etapa revolucionaria de nuestro país, donde los hechos conocidos son alterados para ofrecernos una visión distinta de los acontecimientos, mediante la suposición de que los protagonistas de los mismos hubieran actuado de una forma diferente a como lo hicieron, lo cual, por supuesto, altera los resultados.

Sus textos van desde Francisco I. Madero y Victoriano Huerta a Felipe Ángeles y Rodolfo Fierro, pasando por Venustiano Carranza, Álvaro Obregón, León Toral y muchos otros personajes históricos y, como dice en la contraportada: “en cada cuento Ignacio Solares inquieta, deslumbra, sorprende a sus lectores con tramas en las que el destino reparte los balazos de manera distinta a la que consignan las versiones oficiales, los hechos ya no coinciden con las efemérides y los infiernos privados abren sus puertas al público, por si hubiera quien se atreva a trasponerlas”.

El libro contiene 18 relatos y una “Nota”, al final, que nos hacen reflexionar sobre los sucesos del movimiento revolucionario vistos desde otra perspectiva, pues “es esa responsabilidad de lo individual lo que determina un suceso: el hecho de haber podido ser de otra manera. Ese mismo ‘vértigo’ nos invade cuando suponemos que las cosas pudieron ser distintas de cómo fueron, simplemente porque un individuo en particular, a partir de su libertad, así lo eligió” (p. 172).

Ofrezco de antemano una disculpa por lo prolijo de esta reseña, pero consideré relevante hacer un breve resumen de cada una de las ficciones

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México.

porque las encuentro muy interesantes y, espero, motivarán al lector para sumergirse en ellas.

Comienza el libro con un apartado titulado “Pino Suárez y la política”, en el que el autor transcribe una carta dirigida por José María Pino Suárez —cuando se encontraba preso junto con Francisco I. Madero y Felipe Ángeles— a su amigo Serapio Rendón, así como algunas palabras que dice al embajador cubano Márquez Sterling, encargado de hacer llegar la misiva donde Pino Suárez expone su temor de morir a manos de Huerta, a pesar de que éste había prometido respetar sus vidas; habla también de la renuncia que presentó a Madero y señala que no tiene duda de que la política le endilgó un sueño que en realidad era una pesadilla: “La política, al uso, es sólo odio, intriga, falsedad, lucro” (p. 12). Posteriormente, Ignacio Solares narra la forma en que mataron a Madero y Pino Suárez, atrás de la penitenciaría, comenzando así la llamada “Decena Trágica”.

En “Madero y Huerta. Un sueño de nadie”, Solares nos cuenta cómo Gustavo Madero llevó a Huerta ante su hermano y lo desenmascaró como traidor, a pesar de lo cual Francisco I. Madero le perdona la vida. Mientras esto sucede, Madero tiene las visiones de su hermano masacrado y muerto, al tiempo que ve su propia muerte y la de Pino Suárez, “la venta del país a los Estados Unidos, la larga marcha hacia la cruenta guerra civil, hacia la autodestrucción” (p. 25); entonces Madero ordena que fusilen a Huerta en la misma Ciudadela, y que se encargue de la ejecución el general Felipe Ángeles; una vez fusilado aquel, éste dice: “Muerto el perro se acabó la rabia” (p. 26).

El siguiente cuento se titula “Porfirio Díaz y Madero. En caliente” y muestra la severidad de Porfirio Díaz como herencia paterna, la cual quedó manifiesta con su propio hermano Félix, a quien le voló la nariz en la infancia: mientras Félix dormía, le rellenó las fosas nasales con pólvora y le prendió fuego. Posteriormente —ya siendo Porfirio presidente— lo hizo gobernador de Oaxaca, pero el pueblo lo mató por borracho y cruel; el Ejército cobró venganza e hirieron o mataron a casi toda la población de Juchitán. Una prueba más de su crueldad se dio ante la rebelión de Lerdo de Tejada, cuando el gobernador de Veracruz, Mier y Terán, arrestó a nueve sublevados y pidió instrucciones a Díaz quien, sin dudarle, le respondió “Mátalos en caliente” (p. 27). Por otra parte, debido a los festejos del centenario de la Independencia, “desaparecieron a los mendigos de las

calles para que “no [las] ensuciaran”. Y cuando Federico Gamboa le dijo al presidente que vitoreaban a Francisco I. Madero —preso desde junio en San Luis Potosí—, Díaz pidió que le aplicaran la ley fuga “en caliente”, pues “Estamos por inaugurar el monumento de nuestra Independencia en unas horas más. No podemos andarnos con tonterías” (p. 34).

El “Asesinato del presidente Porfirio Díaz” narra cómo durante la mañana del 16 de septiembre de 1897 —cuando éste realizaba su recorrido triunfal para conmemorar el inicio de la lucha por la Independencia—, un tal Arnulfo Arroyo se aproximó a la comitiva, sacó un largo puñal y lo descargó mortalmente en la espalda del presidente. Luego se describe el desconcierto, dolor y pena que embargó a la mayoría del pueblo ante el suceso, por los años de paz y prosperidad que había brindado al país don Porfirio. A su muerte sube al poder Bernardo Reyes, “menos patriarcal pero más ideólogo, más intelectual” (p. 41), quien quiso poner el acento en la democracia y la justicia social, aunque rescatando lo mejor del gobierno de Díaz. El autor enumera los logros inconmensurables que Reyes tuvo como gobernador de Nuevo León, por lo que se esperaba que fuera un excelente presidente.

En “Zapata en Chinameca”, el presidente Carranza manda llamar al general Pablo González, pues confiaba en él para “que le hiciese contrapeso a Álvaro Obregón, al cual [...] nadie conseguía meter en orden, bajarle los humos y las ambiciones”, especialmente en aquel momento tan delicado, ante las inminentes elecciones presidenciales. Carranza le habla de Emiliano Zapata —quien era totalmente incapaz de entenderse con alguien— y le pide que acabe de una buena vez con él. González acepta el encargo y mete en la acción a Jesús Guajardo, figura relevante de Carranza. Sin embargo, Zapata invita a Guajardo a sumarse a sus huestes, invitación que fue interceptada por González, que aprovecha la ocasión para tenderle una trampa a Zapata y asesinarlo en una emboscada; Guajardo había accedido a reunirse con Zapata en Chinameca. Después, González se entera de que venía una mula cargando lo que supuestamente era un cadáver: “En aquel momento, lo sabía, lo intuía, se jugaba el todo por el todo: su futuro político, el de Carranza, el de la patria misma. ¿Cómo podía saber que Zapata no había invertido la trampa? ¿Y si lo que descubría Pablo González con su linterna era el rostro, de bigotes arriscados, de Guajardo?” (p. 55).

“Pancho Villa sí conquistó Columbus” comienza con una sentida y conmovedora arenga que Villa dirigió a sus tropas, para incitarlos a

invadir el territorio estadounidense el 8 de marzo de 1916. Relata cómo sorprendieron a los gringos, pues estaban todavía dormidos, acabaron con ellos y se dirigieron hacia el pueblo, para atacar otros sitios. Villa cerró filas, logró conquistar la ciudad y les dijo: “¡Ahora sí, muchachitos, ya encarrerados, vámonos al norte, rumbo a Washington!” (p. 63).

En “Los delirios de Victoriano” se narra cómo, por petición de Carranza, Huerta había sido aprehendido en Fort Bliss, permitiéndosele permanecer bajo arresto domiciliario; allí “Bebía, recordaba, lloraba y padeció varios ataques de *delirium tremens*” (p. 65). El padre Francis Joyce llega a visitarlo y ante él empieza a rememorar muchas de sus cruentas acciones, que Huerta justificaba diciendo que sólo cumplía con su misión. Reflexionando, considera que el peor castigo “no fue matarlo en alguna de las batallas en que participó, qué va, sino esta muerte, tan lenta e insufrible que padece...” (p. 71-72). Antes de morir, “Se dice que [Huerta] llamó a un sacerdote al verse al borde de la tumba. Con éste tal vez no haya guardado su secreto en lo relativo al asesinato de Madero y Pino Suárez” (p. 75).

En el octavo apartado, “La Bombilla”, Solares trata de Álvaro Obregón quien, a petición de Calles, participa en una sesión espiritista donde la médium solicita la presencia de Porfirio Díaz para que oriente a Obregón; Díaz le dice que está señalado por la mano del destino para salvar a la patria, para lo cual sólo necesita “adormecer el tigre que despertó Panchito Madero. [...] redoblar tu paciencia y tu valor, lo cual no será fácil [...] porque aún recibirás un par de pruebas muy dolorosas” (p. 86). “Mi único consejo para al compañero Álvaro es: mano firme, puño de hierro y detecta muy bien a tus enemigos” (p. 87). Obregón sigue recordando sucesos y, una vez listo, “salió rumbo a La Bombilla, para asistir al banquete en su honor. El jefe de la Policía, el general Roberto Cruz, le dijo que podía estar tranquilo, pues La Bombilla había sido revisada cuidadosamente, a lo que Obregón respondió: No se preocupe, general Cruz [...], siendo La Bombilla a donde vamos, tendría que ser una bomba muy pequeña” (p. 91).

En “Las soldaderas”, el mayor Cadenas —antes fiel seguidor de Villa— le dice a alguien que quiere afiliarse al villismo, junto con su mujer, que lo piense bien, pues Villa ha cambiado mucho, y hace de su conocimiento las atrocidades que ha cometido el *Centauro del Norte*. Villa ya no desea más soldaderas en su ejército porque le han ocasionado muchos problemas y

pone el ejemplo de que en Santa Rosa, Camargo, 90 soldaderas y sus hijos habían sido hechos prisioneros; de pronto, del grupo de mujeres salió un disparo que atravesó el sombrero de Villa que, enfurecido, inmediatamente pidió que se le mostrara a la culpable. Como nadie lo hizo, Villa le disparó a una de ellas; se mantuvo el silencio y, entonces, ordenó que las mataran a todas, incluidos los hijos y hasta los bebés, hecho que resultó insoportable para el mayor Cadenas, quien abandonó el villismo.

“Ángeles y el oro” es un texto donde el autor relata el pasaje en el que Villa acude a recibir al general Felipe Ángeles a la estación ferroviaria de Chihuahua. Ya en las oficinas del *Centauro*, éste menciona la cantidad de hombres sumados a la causa, listos para avanzar hacia el Sur. Ángeles manifiesta estar al tanto de los planes de Obregón —diferentes de los de Villa—, pero éste minimiza a Obregón, diciendo que él se saldría con la suya, pues estaba seguro de la caída de Torreón. Villa le dice a Ángeles que cuenta con dinero de sobra porque, mediante amenazas, había logrado que Luis Terrazas le dijera dónde estaba el oro, el cual ya tenía para repartirlo entre sus hombres, que muchos ya se habían beneficiado de él, e invita a Ángeles a hacer lo propio. Éste se siente tentado pero lo rechaza y le hace saber que, por lo pronto, sólo le interesaba la toma de Torreón, a lo que Villa responde que por eso confiaba tanto en él.

En “Los quemados del Río Bravo” un hombre habla sobre los problemas de los mexicanos en pleno movimiento revolucionario, y de la emigración hacia Estados Unidos. Para los gringos, los migrantes eran “*la degradación, la descomposición, la pudridera, la gusanera*” (p. 110); este relato narra las ignominias a que eran sometidos en su intento por tener una mejor calidad de vida. Entre otras cosas, eran metidos en tanques “profilácticos” y, precisamente en ese proceso, en enero de 1916 unos agentes de migración quemaron a unos 35 mexicanos, al aventar cerillos a dichos tanques.

“La muerte del caudillo” trata de Plutarco Elías Calles y Obregón. El 17 de julio de 1928 León Toral se dirigió a casa de Obregón y —cuando éste tomaba rumbo hacia San Ángel— lo siguió, acompañado de su revólver calibre 22. Ya en La Bombilla, Obregón pronunció un discurso en donde explicaba que la Revolución todavía lo necesitaba y que había decidido seguir cooperando con ella porque se consideraba un esclavo del deber. Toral se acercó a la mesa con el pretexto de hacer unas caricaturas de los comensales, que le habían sido solicitadas. Cuando hubo terminado el dibujo

de Obregón, se acercó a él para mostrárselo, sacó la pistola y le disparó cinco tiros. Al contarle Morones a Calles lo sucedido y acerca de las heridas (13) que presentaba el cuerpo, Calles reclamó que no había por qué haberle disparado así, pero Morones argumentó que se había hecho todo de la manera más discreta posible. Calles, si bien molesto por la exageración, manifestó que Obregón no podía llegar a la Presidencia porque ya había terminado la época de los caudillos, y Calles cambiaría el rumbo del país: “No se trataba de permanecer en la silla presidencial, sino de estar detrás de ella [...] La paz, la pantalla de la democracia era vital para el progreso, para lo cual había que crear un nuevo partido político, y él lo crearía” (p. 121).

El cuento titulado “Fierro y la comprensión humana” expone que en la toma de Saltillo resultó herido un teniente coronel huertista y que Rodolfo Fierro se disponía a darle el tiro de gracia, pero Felipe Ángeles se opuso, argumentando que no se podía matar a un hombre herido, que había que llevarlo a la enfermería y curarle sus heridas. Fierro —apodado *El Carnicero* por su crueldad comprobada— dijo que seguía las órdenes de Villa, para que no quedara vivo ni un solo prisionero. Ángeles se oponía con base en lo establecido por la Ley Juárez, acerca de no matar a personas heridas. Entonces Fierro aceptó cuidar y sanar primero al herido, y después matarlo. “Quizá por sucesos como el anterior [...] es que Villa le dijo en una ocasión: —¿Ya ve, general Ángeles?: usted por tanto querer ayudar a la gente nomás la perjudica más” (p. 127).

En “Cuando Madero llegó hasta la tierra tembló”, Solares habla de un reportero encargado de escribir sobre los acontecimientos revolucionarios y, concretamente, de la llegada de Madero a la capital de la república y el temblor que sacudió a la metrópoli en esa fecha. Comenta asimismo sobre la euforia que vivía la ciudad de México ante la llegada de Madero, y las muestras de regocijo para acogerlo.

“Ángeles, Carranza y Obregón. Lo borraré de la lista de mis amigos...” es la ficción que tiene lugar en 1913, cuando Felipe Ángeles regresa del exilio en Francia y va a Sonora para reintegrarse a la Revolución. Venustiano Carranza ya es Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Ángeles y Carranza se reúnen —una vez que aquél ha aceptado el ofrecimiento de ser secretario de Guerra—; éste menciona que la zona noroeste del país está al mando de Pablo González; la zona centro, con Pánfilo Natera, y

la noreste bajo las órdenes de Obregón. Mientras que Ángeles admiraba a Madero, Carranza le guardaba resabios. Carranza presenta a Obregón con Ángeles; el primero envidiaba el hecho de que Ángeles hubiera estado desde el comienzo y hasta el final al lado de Madero. Por su parte, Ángeles recordaba las palabras de Martín Luis Guzmán sobre Obregón: “no vive sobre la tierra de las sinceridades cotidianas, sino sobre un tablado; no es un hombre en funciones sino un actor. [...] Es, en el sentido más directo de la palabra, un farsante” (p. 144). Y Obregón tampoco tenía una buena opinión de Ángeles. Lo lamentable es que ya para esas fechas la influencia de Obregón sobre Carranza era innegable, lo cual no era bueno —según Ángeles— para la Revolución. Como consecuencia, Ángeles sólo fue nombrado encargado del despacho del Ministerio de Guerra y por eso pidió a Carranza que mejor le permitiera unirse a la División del Norte, donde sí podría serle de utilidad. Ya para despedirse, Carranza pregunta a Ángeles su opinión sobre Obregón y, sin ambages, le contesta que se imagina lo mucho que pesó en él Obregón para no hacerlo secretario de Guerra, y agrega que lo que más le inquieta es su ambición desmedida, que podría conducirlo a aniquilar cualquier estorbo en su camino, incluyéndolos a ellos dos. Inevitablemente, Carranza y Villa se separan, y el primero deposita toda su confianza en Obregón. En noviembre de 1918 Ángeles fue apresado, juzgado y condenado a muerte en Chihuahua, pero el clamor en contra de esta sentencia fue abrumador. El general Diéguez quiso abogar por Ángeles —haciendo dudar a Carranza—, sin embargo Obregón dirigió un telegrama a Diéguez para decirle que lo borraría de su lista de amigos si trataba de salvar la vida de Ángeles.

En el penúltimo apartado, titulado “El regreso a San Pedro de las Colonias”, el autor relata la muerte de Madero a manos del mayor Francisco Cárdenas, y narra las sensaciones y pensamientos que se adueñaron de Madero al momento de recibir el balazo en la cabeza. De pronto se encuentra teniendo ensoñaciones de una “presencia que llegaba a él desde lejos... en realidad era... como un alfiler de luz”. (p. 150). En esos instantes vio detalladamente el transcurso de su vida y recordó que los espíritus lo visitaban a través de la escritura automática. El relato continúa con la descripción de los horrores en que estaba sumergida la ciudad, escenas muy dolorosas sobre la guerra civil que se desató después de que Madero falleciera: hombres luchando a muerte contra sus hermanos,

sangre, hambre, cuerpos calcinados, el afán de poder de unos cuantos, que se mataban entre sí. Madero vio claramente que ese escenario lo percibiría una y otra vez, eternamente, pues ése era su verdadero purgatorio: “Porque en realidad él nunca quiso provocar lo que provocó, y fue instigado por los espíritus a traicionar su verdadera vocación: reducirse a su pequeña comunidad, trabajar como médico homeópata, ayudar a su grupito de pobres y de enfermos [...] y, sobre todo, continuar con sus retiros místicos [...] imponiéndose el ayuno y la oración” (p. 153-154). Eso hubiera querido Madero, pero a partir de 1901 “recibió órdenes perentorias del más allá: sobre ti pesa una responsabilidad enorme. Has sido elegido para realizar una transformación profunda en tu patria. Cobarde de ti si no la acatas [...] ¿Cómo renunciar a ello (ellos), cómo no hacerles caso, dejar de oírlos?” (p. 154).

Ignacio Solares concluye su libro de ficciones con “Los mochos”, donde Toral relata las torturas que le infligieron por haber *pretendido* asesinar a Obregón, para que dijera quién le había dado esa orden. El acusado se limita a contestar que había actuado solo y que se llamaba Juan; le dijeron que el propio Obregón hablaría con él, acompañado por el jefe de la Policía, general Roberto Cruz. El caudillo llevaba en su única mano un dibujo —el que Toral había hecho horas antes— y, mostrándoselo, le dijo: “Mira, le diste al dibujo, no a mí, pendejo. Primero aprende a disparar una pistola”. Sigue un amplio relato acerca de los cuestionamientos que se hizo Toral respecto al intento de matar a Obregón: “Alcancé a oír que el general Cruz decía que seguramente yo sólo había sido el instrumento de alguien más alto, pero que, tarde o temprano, terminaría por confesar su nombre. [...] el general Obregón respondió, sin dejar de reír: ¿Posibles sospechosos? Primero, el actual presidente de la República. Segundo sospechoso, el líder de la CROM. Tercer sospechoso, el ministro de Gobernación. Cuarto sospechoso, el ministro de Guerra. Quinto sospechoso, el jefe de la Policía” (p. 159). Obregón pregunta si ya habían logrado sacarle información y contestaron que —a pesar de haberlo sometido a los peores tormentos— no habían logrado más respuesta que la de que había actuado solo y se llamaba Juan. Obregón decide interrogarlo personalmente, sin ningún resultado; después se queda solo con el prisionero y entablan un interesante diálogo, donde habla de sus planes en cuanto llegue a la Presidencia, ofrece a Toral perdonarle la vida si le dice quién está detrás

de todo o, en caso contrario, lo mandaría fusilar sin que tuviera el auxilio espiritual de un sacerdote, lo cual pone fuera de sí a Toral; éste decide revelar su identidad y hasta habla de su relación con la madre Conchita quien, si bien no le había ordenado matarlo, sí se lo había sugerido mediante conversaciones donde ensalzaba la suerte de aquellos que morían en defensa de su religión y luchaban contra el gobierno anticlerical. De acuerdo con Toral, ante lo que le había contado la madre Conchita él reaccionó con la convicción de que debía asesinar a Obregón para poner fin a esa “guerra santa”. Al oír todo el relato con lujo de detalles, Obregón dice, mostrando su muñón: “Mira, los dos somos mochos, en eso nos parecemos. [...] hoy que estaba seguro de morir, el verdadero juicio que viene no es el tuyo, José de León Toral, sino el mío. También por eso quería pedirte el favor...” (p. 169). En seguida, entrega a Toral la pistola con la cual había intentado matarlo. Ante eso, Toral señala: “no fui yo quien acabó con la vida de Obregón [...] Porque ya no me atreví [...] Un breve tiempo ahí con él [...] había sido suficiente para darme cuenta del absurdo que había cometido, que iba a cometer —¿Qué tiene que ver Dios, si es que existe, con toda aquella maraña de sentimientos confusos, de impulsos ciegos e intereses mezquinos? [...] la única manera de escapar de la trampa [...] es simple y sencillamente, volviéndole la cara al poder [...] a cualquier forma de poder, terrenal o celestial, de aquí abajo o de allá arriba... Entonces el propio general Obregón tomó la pistola, la llevó a su sien...” (p. 170).

Ficciones de la revolución mexicana termina con la “Nota” del autor, de la que hablé al principio de esta reseña. Definitivamente, se trata de un texto por demás interesante, ameno y sugerente, a cuya lectura invito, pues sé que despertará en el lector múltiples y novedosas reflexiones. 

